



Gérard Cartier

Alto el fuego

Prefacio a

Réquiem de guerra de Franck Venaille

traducción de Lucía Dorin

(Leviatán, Buenos Aires, 2019)

Franck Venaille es uno de los grandes poetas de nuestra época. Murió hace poco, en agosto 2018 cuando terminaba de corregir las galeras de *L'enfant rouge. Réquiem de guerra*, con su título premonitorio, es el último de sus libros que él pudo ver. La muerte arroja a la mayoría de los escritores a un prolongado purgatorio – más cierto aún para los poetas. Franck Venaille abandona la vida para entrar en la leyenda. Una larga enfermedad, que recorre *Réquiem*, no le impidió manifestar una extraordinaria vitalidad, sobre todo desde *La Descente de l'Escaut*, libro mítico, rechazado por todos los editores hasta ser publicado por Obsidiane y dar así con un vasto público – un libro que me atrapó, emocionó y entusiasmó como pocos lo hicieron antes¹.

Franck Venaille nació en un barrio popular de París. Su infancia fue más bien feliz pero muy pronto sintió su presencia en el mundo como sufrimiento, y así lo testimonia el título de uno de sus primeros libros, *L'apprenti foudroyé*. Esta situación primera se profundizó con el trauma de la guerra de Argelia, la última de las guerras coloniales francesas, experiencia dramática que evoca y aparece en dos de sus libros pero resurge subliminalmente en gran parte de su obra. Franck Venaille hizo de su vida el tema excluyente de su obra. Regresó constantemente al pasado, sobre todo a la infancia parisina, recreando lugares, hechos, sentimientos, interrogándolos, interpretándolos, repensándolos sin alejarse de la verdad biográfica, transformando su vida en mito-incluso escribió haber nacido en Ostende, el gran puerto belga en Flandes, dando cuenta así de su fascinación por una región con la que no tenía mayor vínculo.

La obra de Franck Venaille está anclada en la geografía. Se inscribe en un triángulo magnético, también algo maléfico, cuyas cumbres son el París de su infancia, Argelia durante la guerra y la llanura de Flandes, su terruño mental. También habrá que agregar otros sitios, particularmente Italia: Trieste y sobre todo Venecia, ciudad amada a la que iba cada año. Si bien su obra es sobre todo de índole íntima, no está en absoluto desvinculada de la Historia y del hecho de su experiencia de la guerra; podemos anotar que su extrema sensibilidad hacia la realidad lo llevó a unirse al Partido Comunista francés.

Su voz singular, profunda, de angustiado lirismo, provocadoramente impúdica, se destacó de inmediato. Durante sus exequias, un amigo leyó uno de sus primeros poemas: me impresionó escuchar la misma voz de los últimos libros, apenas más ardiente. Franck Venaille desplegó una actividad muy intensa en el campo literario, dirigió revistas de poesía y colaboró en emisiones de radio sin dejar de publicar, pero

¹ Algunos de estos poemas pueden leerse en la *Antología de la poesía contemporánea francesa En Vivo*, publicada por Leviatán en 2015.

alejándose poco a poco de la poesía hacia textos en prosa de una escritura quizá menos inmediata –cosa que tal vez pudiera haber confundido a sus lectores. Padebió así una larga “travesía del desierto”, hasta *La Descente de l’Escaut*, que marcó su regreso al verso. Ese libro tiene una historia, y aunque no es el lugar para contarla, alcanza con que se sepa que, sufriendo un Parkinson que sabía inexorable, Franck Venaille decidió, como magnífico gesto de rebelión, desafiar su suerte siguiendo a pie el Río Escalda, desde su origen en Francia, hasta Amberes y el mar del Norte. Esta narración en verso, sombría y poderosa, peregrinaje hacia sí mismo, lo volvió a ubicar en el primer nivel. A partir de allí publicó una impresionante cantidad de libros notables, incluido este último *Réquiem de guerre*, conformando un recorrido recompensado por prestigiosos premios.

Como en la mayor parte de los libros precedentes, Franck Venaille despliega aquí una abundancia de motivos particulares sobre un trasfondo inmutable que domina el pesimismo : “Soy hombre muerto desde hace varios años”, dice uno de los epígrafes. Requiem, pues, de un vivo en guerra contra el mundo y contra sí mismo, y que se siente muerto. Es la primera vez, desde *La Descente de l’Escaut* que Franck Venaille aborda de frente su enfermedad. Se pone en escena con una especie de dolor escandalizado mezclado a una malévolamente alegre, y evoca el hospital con su largo pasillo que él trata de recorrer para huir, el paso dificultado, el aliento breve como una pesadilla reiterada en la que fracasa antes de llegar al gesto que lo salvaría. Es presa de una enfermedad imaginaria, que se rebela, se apodera de sus noches, las carga de demonios aterrorizadores que lo hacen salir de su pieza llorando.

Sobre ese motivo insistente, en variaciones complicadas, Venaille inserta repentinos estallidos de memoria, reminiscencias más que recuerdos, imágenes temblorosas y deformadas, febriles. Primero, del niño que fue, cuya pérdida no tuvo consuelo. Pero también ve *la muerte roja* de los dirigentes comunistas Thorez y Berlinguer, y grandes apariciones atraviesan el libro como ventarrones, Villon por ejemplo, o un curandero llamado Simon Freude, que se gana el pan en Trieste disecando glándulas sexuales de ranas antes de emprender su obra magna, *Curarse del deseo de curarse*, en cinco volúmenes... Estamos en un teatro de sombras, el autor recorre zigzagueando un campo en ruinas al que su vida, como todas las vidas, termina por semejarse- y si para algunos, sobrevive la felicidad, para otros todo toma el color de la pena, redimido aquí por una ironía ácida que a veces llega a ser bufonesca.

Al final del libro, con lucidez de moralista, Franck Venaille intenta explicarse el dolor que lo constituye. Es que la vida es una guerra, una guerra contra sí más que contra los otros, en la que hay que sostenerse en el dolor pero sin arrodillarse hasta la «última toma de decisión cuando me será dada la orden que espero y temo desde hace tiempo, mucho tiempo: ALTO EL FUEGO».

Ahora es un hecho. La guerra ha terminado. Que descansen en paz.